

D'Auria, Aníbal (2024). *Crítica y genealogía del lenguaje político argentino*. Eudeba. 318 pp.

Nicolás SalviUniversidad Nacional de Tucumán / Universidad San Pablo-Tucumán  <https://dx.doi.org/10.5209/ltld.106031>

La aparición de *Crítica y genealogía del lenguaje político argentino*, de Aníbal D'Auria, representa un aporte significativo al estudio del pensamiento político en el país austral. Más allá de ofrecer una historia de doctrinas o una cronología de ideas, el libro se propone desarmar los supuestos de inteligibilidad que sostienen el discurso político argentino, prefiriendo ser visto “más como un ensayo de teoría política que como uno de historia” (p. 16). No trata, por tanto, de estudiar las ideas políticas que circularon en Argentina, sino de interrogar el lenguaje mismo desde el cual esas ideas se articularon, circularon y adquirieron densidad histórica.

La escritura de D'Auria se afirma en un lugar singular dentro del campo intelectual argentino. Su formación en filosofía y derecho, su trabajo como profesor de Teoría del Estado en la Universidad de Buenos Aires y su labor como investigador en el Instituto A. Gioja configuran una posición en la que confluyen la historia conceptual occidental y la experiencia política argentina de los siglos XIX y XX. Esa confluencia se sostiene en una práctica de lectura que confía en la solidez del lenguaje, asumiendo que “los conceptos y las palabras también tienen su historia, su genealogía, sus mutaciones y resignificaciones” (p. 15). El libro se apoya en la posibilidad de que las palabras revelan la historia sin necesidad de una sistematización ni demostración.

El autor trabaja con la premisa clave de que los conceptos no son neutros ni universales; son artefactos culturales, cargados de historia, disputas y afectos, que organizan modos posibles de experiencia política. En esta clave, la genealogía se transforma en una forma de crítica, en tanto interroga los regímenes de sentido que naturalizan ciertos modos de nombrar, pensar y ejercer la política.

El libro se estructura en ocho capítulos, precedidos por un prefacio que funciona como declaración de principios teóricos y programáticos. Cada capítulo aborda un término o grupo de términos del léxico político argentino. Estos son revolución, federalismo, progreso, liberalismo, conservadurismo, nacionalismo, izquierda y las metáforas políticas.

La obra propone rastrear los sentidos que estos conceptos adquirieron en contextos determinados, cómo se resignificaron y qué operaciones ideológicas habilitaron, partiendo de la base de que:

para comprender lo que pretenden, dicen y hacen los teóricos políticos, los militantes y los políticos profesionales, no solo interesa lo que dicen conceptual y literalmente, sino también, y, sobre todo, lo que dan a entender *subrepticia e inocentemente* a través de sus figuras retóricas (p. 268).

Es, por tanto, un trabajo situado y comprometido, que exige al lector una atención sostenida a las transformaciones semánticas del lenguaje político.

El prefacio del libro plantea que la política moderna no puede pensarse sin sus condiciones lingüísticas. D'Auria retoma aquí una tradición crítica que cruza a Michel Foucault, Reinhart Koselleck y Ernesto Laclau, pero lo hace desde una perspectiva propia que rechaza tanto la transposición automática de categorías como la mitología de la excepcionalidad local. Para el autor, el lenguaje político argentino es una formación discursiva que emerge en tensión con la modernidad europea, apropiando sus categorías –como Estado, revolución y ciudadanía– pero resignificándolas o combinándolas con elementos premodernos, autoritarios o mesiánicos. Esta hibridez constituye el núcleo problemático del libro: la historia política argentina, en su complejidad, se expresa también en las capas sedimentadas, fracturadas y contradictorias de su vocabulario político.

El primer capítulo, dedicado al concepto de revolución, compone uno de los núcleos teóricos más densos del libro. D'Auria reconstruye los sentidos históricos de la revolución desde su raíz latina (*revolutio*, como retorno) hasta su resignificación moderna como ruptura irreversible del orden. La revolución aparece como uno de los signos por excelencia de la modernidad política, en tanto opera una inversión en la temporalidad histórica. Ya no como repetición del pasado, sino como apertura hacia un futuro nuevo.

A partir de esto, el autor analiza el lugar de la revolución en la historia argentina. Lo que muestra es que la palabra “revolución” funciona como un operador ambivalente; un mito de origen que D'Auria define como:

el mito moderno por excelencia, el de la redención de la humanidad por su propio esfuerzo, el de la conquista de un paraíso situado ahora en el curso de su propia historia humana, como meta final y alcanzable de un proceso que solo a través de su conquista alcanza justificación (p. 47).

Este doble registro permite al autor explorar cómo el término ha sido domesticado o criminalizado según el momento histórico, advirtiendo que en el caso argentino: “el término ‘revolución’ podrá ser usado unas veces como grito de rebeldía contra el Estado y los gobiernos, y otras veces como palabra disciplinadora emitida desde el propio Estado y por los más diversos gobiernos” (p. 48).

El segundo capítulo se ocupa del federalismo, y lo hace desmontando la idea de que se trata de una forma jurídica neutral. D'Auria rescata las disputas del siglo XIX para mostrar, siguiendo a Juan Bautista Alberdi, que el federalismo fue, en esencia, una “emergencia de los sentimientos localistas tras la caída del gobierno central virreinal” (p. 70). La lectura del autor evita el enfoque estrictamente normativo y se concentra en los modos en que este término funcionó como un significante identitario cargado de tensiones. Para D'Auria, es fundamental comprender que estas disputas no eran puramente técnicas:

es un grave error reducir simplonamente la complejidad de los conflictos civiles argentinos del siglo XIX a la engañosa dicotomía de ‘federales’ y ‘unitarios’. Es claro que el problema del grado de centralización o descentralización territorial del poder político existía. Pero no se trataba solo de eso, sino que estaban en juego, también, otras cuestiones de fondo más profundas... intolerancia religiosa versus libertad de cultos; república versus monarquía; caudillismo versus despersonalización del poder; proteccionismo versus librecambio (p. 85)

Este apartado ofrece un recorrido por los sentidos del federalismo en distintas coyunturas. La Liga de los Pueblos Libres, el rosismo, la organización nacional, el peronismo y los debates contemporáneos sobre federalismo fiscal. En todos los casos, lo que se muestra es que el término federalismo funciona como condensador de tensiones entre centro y periferia, nación y provincia, institucionalidad y territorialización del poder.

El capítulo sobre el progreso trabaja con una categoría omnipresente en la tradición ilustrada, pero intensamente disputada en su recepción argentina. El autor reconstruye las formas en que el progreso fue asociado al desarrollo económico, la secularización, la ciencia y el orden, como así también a las formas en que fue utilizado como vector de exclusión.

Por medio del análisis de textos de Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, José Ingenieros y otros autores vernáculos, D'Auria evidencia cómo el progreso fue una herramienta para jerarquizar pueblos, identidades y territorios. Así, se deja en claro que figuras como el “salvaje” o el “atrasado” surgen como el reverso constitutivo de esta idea, en una contienda que enfrentaba “la Edad Media contra la modernidad, el quietismo contra el progreso” (p. 102).

El capítulo dedicado al liberalismo compone una intervención especialmente relevante en el contexto argentino actual. El autor propone pensar este concepto como un campo de disputas semánticas, recuperando sus dimensiones políticas, económicas y culturales. Para D'Auria, es fundamental evitar el uso acrítico de una palabra que, a partir de la segunda mitad del siglo XX, experimentó un giro radical en su significado local:

al menos hasta la década de 1950, liberalismo fue también prácticamente un sinónimo de progresismo. [...] Pero ya en la segunda mitad del siglo XX, el término comenzó a perder ese significado en el uso habitual para transformarse en su contrario, es decir, casi en sinónimo de conservador. Así, en la Argentina actual... ‘liberalismo’ alude, bastante vagamente, a algo diametralmente opuesto a lo que significaba más o menos hasta 1950 (pp. 152-153).

Uno de los méritos del capítulo es evitar tanto la demonización como la idealización del liberalismo. En cambio, el autor se concentra en sus ambigüedades constitutivas. O sea, su relación con el individualismo, su concepción del Estado, su lugar en las narrativas de modernización y su vínculo con los derechos. A lo largo del estudio, queda claro que el liberalismo ha funcionado como un significante flotante, apropiado por distintas corrientes que lo redefinen según sus intereses y estrategias.

El conservadurismo, en el capítulo siguiente, es tratado como una lógica política que surca distintos actores y momentos. D'Auria recompone sus principales operadores discursivos. La defensa del orden, la apelación a una tradición selectiva y la crítica al cambio acelerado. Lo interesante aquí es que el autor indica cómo el conservadurismo puede aparecer tanto en la derecha patricia como en sectores nacional-populares, religiosos o incluso progresistas, cuando se trata de conservar formas institucionales, estructuras simbólicas o jerarquías sociales.

El nacionalismo, como tema del capítulo seis, es abordado desde su ambivalencia estructural. Tanto como proyecto de unidad frente a la fragmentación, así como instrumento de exclusión. El autor analiza sus distintos momentos en la historia argentina. El nacionalismo liberal del siglo XIX, el nacionalismo católico y militarista del siglo XX, el nacionalismo popular del peronismo, y las nuevas formas de nacionalismo de resistencia en el contexto global.

D'Auria destaca que este nacionalismo ha oscilado entre versiones defensivas y ofensivas, convirtiéndose en un dispositivo versátil capaz de ser apropiado por el Estado o por movimientos sociales. El análisis incluye una crítica a las versiones que, bajo la idea de un emblemático “nosotros” federal, terminan siendo lo

que Laclau llama un “significante vacío y flotante”, facilitando una “visión schmittiana de la política, esto es, fundada en la tajante distinción de amigo-enemigo” (p. 244).

El capítulo sobre la izquierda constituye una de las secciones más originales del libro, al proponer una lectura no canonizante ni dogmática del término. En lugar de definir la izquierda por sus principios doctrinarios, D'Auria la piensa como un campo en disputa, atravesado por fracturas internas y redefiniciones. Estudia cómo el significativo “izquierda” ha sido resignificado en la historia argentina por el marxismo, el peronismo, el progresismo y otras corrientes, y cómo su sentido ha sido erosionado por el uso mediático, la fragmentación del campo político y las transformaciones globales. El autor evita el lamento nostálgico por una izquierda “auténtica” perdida, y en su lugar ofrece herramientas para pensar su rearticulación en las condiciones contemporáneas.

En el último tramo del libro, el enfoque se traslada hacia las metáforas que sostienen el lenguaje político argentino. Allí D'Auria trabaja con la idea, tomada de Hans Blumenberg, de que las imágenes no decoran los conceptos, sino que los sostienen. Las figuras con las que una sociedad imagina lo común organizan su respiración afectiva. Cuando se habla de “tejido social”, de “cuerpo nacional”, de “raíces”, de “sangre”, persisten formas previas de sentir la comunidad y la diferencia. Lo que la lectura permite percibir es el modo en que el lenguaje político se enraiza en imágenes que ya estaban ahí antes de que los conceptos se estabilizaran.

Ese capítulo brinda algo así como una puerta lateral hacia la tradición política argentina. Se vuelve posible leer cómo la nación fue pensada, en distintos momentos, como planta que madura lentamente, como organismo que lucha por sobrevivir o como cuerpo humano dotado de alma y destino. Cada imagen deja rastros, se superpone con otras, vibra en los discursos sin necesidad de que quienes los enuncian sean conscientes de ello. Lo que aparece es la persistencia de una imaginación compartida que atraviesa gobiernos, movimientos, derrotas y fundaciones.

En conjunto, *Crítica y genealogía del lenguaje político argentino* constituye un aporte singular a los estudios políticos, por su densidad teórica, su atención a los matices y su compromiso con una crítica situada. El libro se distancia tanto del institucionalismo normativo como del relato historiográfico tradicional, y propone un enfoque que combina filosofía política, análisis del discurso e historia conceptual. Su intervención es una apuesta por pensar críticamente el lenguaje con el que se articula la política en Argentina.

No es un libro de divulgación ni una guía para iniciarse en el pensamiento político. Es una obra que exige una lectura atenta y una disposición a revisar las categorías con las que pensamos lo político. Por eso mismo, resulta especialmente valiosa en una coyuntura en la que el lenguaje político tiende a fosilizarse en consignas, lemas y fórmulas vacías. El trabajo de D'Auria nos recuerda que las palabras importan. No solo porque nombran lo que hay, sino porque configuran lo que puede haber.